

PROSTITUTAS, RUFIANES Y USUREROS

San Juan no podía ser distinto. En toda ciudad que recibe inmigración masiva surgen actividades no siempre acordes con la ley o, al menos, reñidas con las “buenas costumbres”.

Veamos alguna de esas actividades:

La prostitución

El censo de 1909 reconoce la existencia de 27 prostitutas en la ciudad. En realidad eran muchas más. En aquellos años las colectividades extranjeras estaban compuestas por mayoría de hombres, generalmente jóvenes, que venían a probar fortuna antes de traer a sus familias o constituir una acá.

La prostitución fue legal y reglamentada en la Argentina hasta 1937 cuando fueron prohibidos los prostibulos.

En general detrás de la prostitución siempre estuvieron los “cafishios”, rufianes o protectores –cuando no la “madama”, como el caso de la famosa Rebecca a fines de los '40- que garantizaban que el “trabajo” fuera pagado como correspondía.

Con el correr de los años, la prostitución ejercida en forma individual fue dando paso a las casas de tolerancia. Generalmente estas casas rotaban a las mujeres por distintas ciudades mediante canjes o compra venta.

En los primeros años del siglo traían mujeres de Mendoza o Chile. Luego, muchas llegaron desde Buenos Aires y eran de origen europeo, en su mayoría polacas.

Hubo varias casas famosas en nuestra ciudad. Una de las más importantes cuando terminaba la tercera década, fue sin duda El Gato Blanco, ubicada en la avenida 9 de Julio y Alvear (lo que hoy es el lateral este de Avenida Rioja).

Más modesto en sus pretensiones era El Noventa, ubicado en la avenida España entre Córdoba y General Paz.

El “caballo blanco” llamaban al coche de plaza que dos veces por semana llevaba a las mujeres para ser revisadas en la Asistencia Pública, como lo determinaba la ordenanza policial. Esa “victoria” tenía parada en la plaza 25 de Mayo y quien sabe porqué su conductor era el preferido de los rufianes. Uno de ellos, de origen libanés, fue muerto a tiros cuando circulaba por la calle Salta en ese coche.

Los cabaret

Varias fueron las casas que ofrecían números artísticos de varieté. Estas casas, con señoritas que bailaban y muchas veces alternaban con los clientes, estaban ubicadas en distintos puntos de la ciudad. El Dorado, el casino local, dicen que poco tenían que envidiarle a los espectáculos que presentaba el Moulin Rouge en París.

Durante décadas fue común que a medianoche las puertas se cerraran y las funciones siguieran “en privado” para autoridades policiales y de gobierno.



La usura

La proliferación de usureros también fue notoria en la época.

Fundamentalmente los inmigrantes no tenían acceso a otro crédito ya que no poseían bienes. Importantes comerciantes y hasta algún bodeguero hicieron fortuna con esta actividad que ofrecía un gran lucro: como que hasta se llegó a pagar el 1 por ciento de interés diario con capitalización cada 30 días.

El usurero más importante de aquellos años llegó a adquirir buena parte de los principales terrenos del centro sanjuanino.

En los años 30, uno de estos capitalistas –un solterón de origen árabe- fue asesinado, en un caso que fue noticia durante muchas semanas y que nunca fue esclarecido.

El juego

El juego también fue muy común en confiterías y hasta clubes, lo mismo que en conocidos “gari-tos” de la época.

En general contaban con la complicidad policial por lo que debían responder al gobernante de turno ya que las designaciones de comisarios eran políticas.

En el año que gobernó Jones, había un jefe de Policía que vino desde Buenos Aires –Honorio Guiñazú- que inmediatamente asumió, combatió frontalmente el juego. Incluso llegó a utilizar la poli-

RECUERDOS

En una casa que después fue de remates, La Casa Amarilla, (General Acha entre Santa Fe y Mitre), Federico Frediani y José Estornell abrieron la sala El Dorado en 1911, con confitería y números de varieté, de bailarinas con poca ropa, muy amables con sus admiradores en los entre actos en el camarín.

De una dudosa fama se hizo muy pronto El Dorado y cuando a un respetable profesor del Colegio Nacional divisole algún muchachón de quinto año, que por sus pantalones largos y bigotito pudo entrar, fue la comidilla del elemento estudiantil, objeto de la censura del mundo femenino y lapidado por el resto de sus días con el anatema de “libertino”.



Las fiestas de la sociedad selecta, no obstante ampliamente acogedora para el talento y la posición labrada con limpio nombre y conducta, como para todo forastero “presentado” o simplemente de finos modales, fueron las mismas del pueblo a cuyas esperanzas e inquietudes estaba íntimamente ligada.

Las recepciones para las efemérides patrias, con invitados de honor (autoridades civiles, militares y eclesiásticas) e Himno Nacional terminado con salva de aplausos, oportunidad en la que se retiraba Su Ilustrísima (el obispo), acompañado ceremoniosamente hasta la puerta por las autoridades del Club Social.

Los bailes de fantasía y de máscaras para carnaval, en el Club Social, la Casa España o el Club Sirio Libanés, de entrañable devoción en tierras cuyanas; los agasajos a visitantes ilustres; las fiestas de difuntos, con ramaditas, puestos, vino y guitarra, desde la Calle de la Paz y Chile hasta el cementerio, costumbre venida de Chile “que empezaba en la semana que caía el 2 de noviembre y el brillo de la celebración se apreciaba por el número de muertos y heridos”.

Horacio Videla
“Retablo Sanjuanino”

cía montada, entrando con los caballos a los locales. Esto sucedió en las primeras semanas de gestión y la actitud fue ponderada por la prensa. Luego, el jefe arregló con los capitalistas y –se asegura- nunca hubo tantas casas de juego en San Juan.

En aquellos años, cuentan los memoriosos, cuando un rufián no realizaba los consabidos aportes, se lo detenía, se le cortaba el pelo y los tacos de los zapatos y se lo despachaba en el tren a Buenos Aires con la advertencia de que nunca debía regresar.